



A LA CONTRA **Javier Torrent**, farmacéutico, alpinista, triatleta y maratoniano

■ “No veo mi diabetes como un mérito especial, causa más incomodidad que miedo” ■ “Insulina y medidores son compañeros de saco de dormir” ■ “La montaña es el símil de la vida: el objetivo está arriba, lo ves y hacia allí hay que ir” ■ “En lo personal nunca haré cumbre” ■ “Mis padres estarían más tranquilos teniéndome en el mostrador de la botica” ■ “Apoyando a los niños sólo hago lo que en su día hicieron conmigo”

“La montaña no entiende de diabetes”

ALBERTO CORNEJO
 Madrid

Pregunta. Alpinista, triatleta y maratoniano. Aparte del tuyo... habrá algún caso más, ¿no?

Respuesta. Supongo que sí. Sobre todo a nivel aficionado, como lo practico yo.

P. Ahora bien, si introduzco el matiz ‘diabético’, quizá los casos se reduzcan.

R. Soy el primero al que le gustaría conocer a más gente en esta situación, para compartir vivencias. En el alpinismo sí contamos con un maestro también diabético, Josu Feijóo. Ahora bien, no quiero que mi diabetes se vea como un mérito especial.

P. Pero reconocerás que no es la mejor compañera de expedición.

R. Sobre todo porque la montaña no sabe que eres diabético. Ni entiende ni pregunta.

P. Si hay que soltar lastre, ¿sería lo primero a dejar en el camino?

R. ¡Ojalá fuese así de fácil! Principalmente por la incomodidad que causa, más que por miedo con mi salud. Alguna vez he sufrido alguna complicación relacionada con la propia subida, como el simple agotamiento o problemas de visión, y siempre entra la duda de si será consecuencia de la diabetes. Por fortuna, todas acaban siendo falsas alarmas.

P. Llevar insulina, medidores, realizar controles frecuentemente, comer con asiduidad... Eso parte de tu particular lista de deberes a 6.000 metros de altura.

R. Lo que peor llevo es tener que parar a comer sin apetito en plena ascensión y a esas temperaturas tan bajas. También lo de evitar que la insulina y los medidores cojan frío.

P. Difícil a menos 15 grados.

R. Sí. Por las noches son mis compañeros de saco de dormir.



Javier Arcenillas

se dice. Ocurre lo mismo con las vistas. Todas son preciosas, pero se disfrutan más cuanto mejor llegas a la cima.

P. Ya hemos hecho cumbre. En lo personal, ¿está todavía por hacer?

R. En lo personal también soy de marcarme retos y no tener una meta fijada de por sí, por lo que nunca pensaré que he hecho cumbre.

P. En la farmacia familiar, ¿no los tienes?

R. Antes sí estaba más implicado. Seguro que mis padres estarían más tranquilos teniéndome a su lado en el mostrador y no sufriendo a distancia las locuras del niño.

P. La última... correr el maratón de Nueva York.

R. Creo que están más tranquilos cuando me muevo por el asfalto que por las alturas. Si todo va bien, en 2011 repito, porque la primera experiencia ha sido fantástica. Tras conseguir acabar, ahora toca mejorar el

tiempo.

P. Pasar corriendo por la 5ª avenida, ¿evita la tentación de comprar?

R. La crisis también resta ganas. Lo mejor es esprintar en esa zona, si las fuerzas lo permiten.

P. Otra ‘hazaña’: la que realizas en el Hospital San Joan de Deu.

R. Acudo frecuentemente a dar apoyo y hablar con niños que sufren diabetes y hacerles ver que esta patología no rompe las ilusiones. Sólo devuelvo lo que en su día hicieron conmigo.

P. No sé si los padres te insinúan que tampoco ‘mandes’ a sus niños a hacer alpinismo...

R. No, no me censuran.

P. Del primer metro al 6.000, ¿hay tiempo para volverse?

R. La montaña es el símil perfecto de la vida. El objetivo esta arriba, lo ves y, por tanto, sólo hay que plantearse tirar para arriba.

Si alguna vez te planteas volver hacia atrás, mal asunto.

P. Cuando llegas a cima, ¿te dan ganas de decir: “Olé mis...”?

R. Se dice. No muy fuerte, porque llegas justito de fuerzas, pero

EN DIEZ LÍNEAS

Las ‘paredes’ que afrontó Javier Torrent (Barcelona, 1977) en su última ascensión al Aconcagua (6.962 metros), patrocinada por Roche, no eran de ladrillo, “pero algunas sí eran igual de verticales”, dice. La cima argentina se unió al Kilimanjaro (5.895) o al Aneto (3.404) como retos deportivos superados por este farmacéutico al que le diagnosticaron diabetes tipo 1 en 2001, “justo al acabar la carrera y empezar a trabajar”. ¿El trabajo enferma? “O eso, o que la vida estudiantil es mejor”, bromea. Para rizar el rizo, este diabético dejó “un poco aparcada” su profesión original para ser socio de una empresa de confitería, la cual todavía no tiene productos sin azúcar.